

## Jared Diamond

### Collapse. How Societies Choose to Fail or Survive

(Allen Lane, 2005)

Este libro me ha hecho evocar una emoción remota. Hace tiempo, las verdades políticas incómodas sólo se podían decir veladamente. Yo era joven, leía entre líneas, compartía la complicidad y creía que la Historia eran nuestra. No habría creído entonces que treinta años después volvería a leer textos como éstos, ni que dudaría del futuro.

El tema de *Collapse* es si la «Modernidad en Condiciones de Globalización» —la Civilización Occidental— sobrevivirá a su clímax. Hay que juzgar con sobrio realismo tal posibilidad. Un *colapso* es la destrucción o ruina de una institución, estructura, sistema, etc., y, aquí, la desintegración general y duradera de la organización sociopolítica y económica de una sociedad, más una reducción demográfica que puede llevar —aunque no necesariamente— a su extinción.

Diamond reitera que ni Estados Unidos ni otros países corren riesgo de colapso en el futuro previsible. Pero luego afirma que el frágil entorno australiano, la insostenibilidad de su explotación y los graves problemas ecológicos derivados hacen inviable un crecimiento continuo de la población y su renta, y un cierto declive más o menos rápido de ambas, paralelo al deterioro del medio. *Y que lo mismo vale para el resto del Primer Mundo, aunque en Australia*

*ocurra antes.* Afrontamos, pues, el *riesgo de un declive global*: una gran y brusca caída del nivel de vida —y seguramente de la población—, riesgos crónicamente mayores y la crisis de algunos de nuestros valores fundamentales.

Para ilustrarlo, Diamond compara una docena de sociedades antiguas y modernas, la clave de cuyo éxito o fracaso es su modo de afrontar crisis debidas a la sobreexplotación del medio. Cada caso es un valioso ejercicio histórico, centrado en justipreciar la sostenibilidad de una economía, y señalando a la vez las coincidencias entre ayer y hoy.

Los colapsos de Pascua, los Anasazi y los Mayas —pueblos con varios tamaños y grados de desarrollo político— tienen en común la deforestación, la insuficiencia a largo plazo (siglos) de sus técnicas para conservar la fertilidad del suelo, el fracaso en contener su demografía y, tras su malhadada lucha por producir más comida y personas, la *competencia por el prestigio* y el poder de élites políticas, guerreras y religiosas cuya legitimidad se basaba en su *promesa sagrada de mantener la prosperidad* —perdida la fe en ellos, un periodo de gran violencia que cerró su dominio—. (Piensen en la devastación de las selvas húmedas, en la caída de la URSS y en la ceguera de la *clase consumidora* global y sus élites, que niegan que nuestra forma de vida dañe grave e irreversiblemente la diversidad y la estabilidad ambientales, y la seguridad colectiva.)

Esos pueblos aislados (como la Tierra) no tenían las comunicaciones modernas, pero la extinción de los polinesios de las Pitcairn y los vikingos de Groenlandia integran ese factor. Los

mejores navegantes del mundo antiguo colonizaron, respectivamente, el Pacífico y el Atlántico Norte. Sus colonias más lejanas —no autosuficientes— crecieron gracias al comercio, y cuando su sociedad matriz cayó en su propio colapso ecológico o el mar se cerró, por la Pequeña Edad del Hielo, se hundieron. (Eso debería alertarnos sobre nuestra seguridad energética o alimentaria —sobre la Globalización—).

El caso de Groenlandia es más trágico porque la extinción era evitable, pero los nórdicos rehusaron imitar a los *salvajes paganos* inuit, y eso fue su fin. No eran estúpidos (aunque sus jefes también anteponían su cara rivalidad de estatus a las necesidades de su gente): sobrevivieron cuatrocientos cincuenta años con sus usos, no podían distinguir su declive de otras malas rachas que superaron y, sin saberlo, antepusieron la pervivencia de su cultura a su supervivencia, y perdieron. (Podría ocurrirnos a nosotros: muchos reaccionan igual a las dudas sobre la sostenibilidad de nuestro modo de vida. De ahí, Diamond infiere esta hipótesis: «los valores a los que la gente más se aferra en circunstancias inadecuadas son los mismos que en el pasado fueron la fuente de sus mayores éxitos sobre la adversidad» —p. 275—).

Tras miles de años explotando el mismo medio, sobreviven aún muchas sociedades tradicionales. Todas superaron algún declive ambiental y pérdida de recursos mediante tomas de decisiones «de abajo arriba» o «de arriba abajo». Lo uno en sociedades pequeñas donde todos conocen *todo* el medio y a *todo* el mundo, la estratificación y la diferencia de riqueza, intereses y valores entre «jefes» y «plebe» son mínimos, todos comparten una identidad, recono-

cen su interdependencia recíproca y el interés general, y participan en el debate político. (La isla de Tikopia y las atomizadas *highlands* de Nueva Guinea son ejemplos de solución inventiva «desde abajo» —nuevos cultivos integrales y prácticas sostenibles— a crisis derivadas de la extinción de fuentes de alimento y la deforestación masiva).

Lo otro allí donde una élite suple la falta de conocimiento y solidaridad comunes con su interés en sostener las bases de su poder. (El Japón Tokugawa afrontó una deforestación crítica con un riguroso *racionamiento* ordenado e impuesto por el Estado y, gracias a su alto nivel cultural, desarrollando la silvicultura moderna. Las dos «vías» no se excluyen: las élites nobiliaria, mercantil, manufacturera y campesina, queriendo legar sus bienes y posición a su prole, y seguros políticamente de lograrlo, adoptaron también iniciativas a largo plazo.) Hubo siempre que tomar decisiones difíciles —sacrificar la cabaña porcina en Tikopia, controlar drásticamente la natalidad en todos los casos, etcétera—.

Las sociedades intermedias no suelen tener un aparato capaz de superar la inacción cuando los individuos no ven los problemas, se inhiben o *suponen* que oportunamente surgirán bienes sustitutivos o alternativos. Hoy hay pocas sociedades intermedias, pero «resurgen» donde el control estatal es débil o quiebra, como en el desplome de Ruanda y su genocidio. Premeditado y planificado por una élite, el 11% de la población fue asesinado en seis semanas, con *el fin consciente, declarado por los asesinos, de reducir la presión sobre los recursos*. (Donde *no había tutsi* superó el 5%.) La deforesta-

ción, la mayor densidad de población del Sur, la *creciente desigualdad* entre los propietarios minifundistas y la falta de empleo fueron el explosivo. La caída del precio del café, las medidas que impuso el BM-FMI, cientos de miles de jóvenes desesperados y furiosos en los campos de refugiados, y la competencia entre grupos políticos dispuestos a todo para conservar el poder, los detonantes.

Para eliminar la sospecha de *determinismo* ecológico, la comparación de Haití y la República Dominicana muestra la diferencia que supuso en países con una ecología y una historia política similares *una persona* (el presidente) en las decisiones desde arriba. La saga Duvalier aisló a Haití y se limitó a explotar a sus aparceros y arrendatarios. El dictador Balaguer promovió la modernización (periférica) de su país, la importación de materias primas sustitutivas de la madera y creó un sistema de parques nacionales que protege todos los hábitats y las altas cuencas fluviales, fuente de energía hidroeléctrica del país. (Haití ha convertido sus selvas en carbón de leña.) Hoy la primera fuente de ingresos de ambos países es la emigración, pero la República tiene alguna sociedad civil ambientalmente concienciada, activa y capaz; ésa es su esperanza. En cambio, nadie cree en Haití, un país ecológicamente arrasado donde falta capital humano hasta para repartir la ayuda internacional.

Por fin, el riesgo de colapso no se limita a países pobres o pequeños. La enorme China padece *todos* los problemas ambientales posibles y los problemas de salud y los costes socioeconómicos frenan ya algo su avance. Su crecimiento demográfico, en descenso, y su impac-

to por persona, en *neto* ascenso, amenazan la sostenibilidad global. Australia tiene un medio tan frágil y explotado tan insosteniblemente (bienes y técnicas del Norte, inadecuados a su medio) que considera mudar de modelo agropecuario y desarrollar el potencial de la flora y la fauna autóctonas. Su ventaja es ser un país próspero, con una población educada y cada vez más consciente y élites relativamente honradas. Eso le permite dudar del *potencial de supervivencia* de sus valores tradicionales y considerar alternativas. Montana, un lugar poco afectado por la degradación ambiental, ve hoy los costes ocultos de su actividad minera y maderera, y cómo el mercado ha vuelto ruinosos sus granjas y ranchos. Hoy es un Estado pobre y vive de las subvenciones, los turistas y las segundas residencias, un cambio que no crea empleo: vienen jubilados y los jóvenes emigran. (¿Dónde va una economía con prácticas agropecuarias insostenibles y que crea cada vez menos empleo mientras la explosión demográfica aún no cede? ¿Qué crisis es más inminente, la de la polución o la del deterioro de los servicios libres del medio?)

Muchos creen a nuestra sociedad inmune al colapso por ser más rica y culta; pero la gran diferencia con los desaparecidos es que somos *más* y nuestra tecnología causa más impacto; y ésta, fuente de nuestra riqueza, es la causa directa de la crisis. ¿Se invertirá la tendencia mañana? Veámonos como a ellos. ¿Qué pensó quien taló el último árbol de Pascua? Es difícil notar una *degradación media paulatina*, y el número, tamaño y valor de los árboles menguaban hacía tiempo: eran subproductos *marginales* de la explotación de otras especies. Por eso la respuesta más plausible es «nada». *Así ago-*

*tamos hoy, uno tras otro, los caladeros oceánicos.* La lealtad de clan obligaba a los nobles nórdicos a ayudar a los campesinos en apuros, y cuando un invierno largo y frío agotó la reserva de las granjas pobres y su gente huyó a las grandes, éstas, botes salvavidas sobrecargados, se hundieron. ¿No resuena a la *imparable* llegada de refugiados económicos de países del Sur? Nuestra sociedad puede ser tan ciega como cualquiera del pasado.

Hay sociedades que caen por no superar un cambio climático, la hostilidad de sus rivales o la pérdida de lazos comerciales. Esos factores refuerzan los dos clave en los casos estudiados: el declive ambiental y *la respuesta social a él.* Nuestro declive es grande y profundo en todos los tipos de daño ambiental, antiguos y nuevos —destrucción de bosques, humedales, corales, fondos marinos, caladeros, biodiversidad y suelo fértil; límites de los hidrocarburos y el agua, y cercanía al techo apropiable de productividad fotosintética global; contaminación por residuos tóxicos, especies exóticas y gases que dañan la atmósfera y el clima; aumento demográfico y del impacto por persona por el mayor, y desigual, nivel de vida—. Cada problema puede catalizar un colapso parcial de graves consecuencias en un plazo de entre dos y cinco décadas. Y con la globalización ningún país ni clase podrá eludir sus efectos. Todos ellos están conectados y entran en *sinergia*. Por eso debemos resolverlos *todos*. Pero ¿cómo?

No carecemos —como otros en el pasado— de capacidad para prever o percibir los problemas (pero somos propensos a amnesias y cegueras selectivas: los *shocks* del crudo de 1973 y 1979 o a la regresión global de glacia-

res, casquetes polares, anfibios o arrecifes de coral). Conocemos las respuestas (hay miles de explotaciones sostenibles e inventaremos más), la tecnología precisa existe, podemos costearla y es mejorable. Pero hay un óbice último: la voluntad política para encarar el problema. Hace falta un valor especial, muy escaso, para *anticipar un problema que no es aún obvio* y *tomar* (los líderes) y *aceptar* (los pueblos) *medidas preventivas impopulares*. Pero, al fin, son las sociedades con el coraje de tomar decisiones difíciles sobre qué valores fundamentales conservar y qué otros cambiar cuando los tiempos cambian (y con la suerte de acertar en sus apuestas) las que sobreviven.

A la hora de las decisiones críticas, hay dos factores mayores de éxito: la visión y la planificación a largo plazo y el coraje de cuestionar los propios valores. Sobre aquello, aterrada leer que el gabinete Bush opera con un «foco de 90 días»: sólo prioriza temas que pueden desencadenar una crisis *noticiable* (o pérdida de apoyo de sus patrocinadores financieros) en las próximas trece semanas. En cambio, Shell tiene una oficina dedicada en exclusiva a predecir el estado del mundo en treinta años —período operativo de muchas de sus inversiones, que deben poder adaptarse a escenarios cambiantes—.

Lo segundo es aún más delicado. Diamond identifica en las protestas ecologistas la *contradicción central* de nuestro mundo. Como ahorradores e inversores esperamos de una empresa que maximice nuestros réditos, mientras como consumidores y ciudadanos pedimos que maximice la calidad de su producto y minimice su impacto en el medio, pero eso tiene un

coste irreducible. Y no nos gusta que ese coste se vierta a precios, ni que recorte nuestros beneficios, que el Estado grava, ni que éste los socialice y reviertan en más impuestos. La conclusión es ineludible: si queremos una civilización sostenible, *hemos de pagarla y asumir dolorosas renunciaciones*. Y para lograrlo debemos *presionar a los gobiernos* para que dicten y hagan cumplir leyes que impidan que los intereses particulares prevalezcan sobre los generales. Es nuestra responsabilidad.

Eso no prejuzga que la titularidad de este o aquel recurso sea individual o social, privada o pública; lo esencial es que se den *las condiciones sociales* para que el interés del agente gestor consista en la preservación indefinida del recurso que explota. (Algo difícil si una actividad económica no va unida al *ethos* de un modo de vida amado por sí mismo; si sólo es un *negocio* a exprimir deprisa para reinvertir sus beneficios en la mejor oportunidad que el mercado ofrezca en cada momento; si la autoridad no logra imponer una norma efectiva y sancionar a sus infractores; si los «socios» son muy desiguales en poder y hay mala comunicación y desconfianza entre ellos; si están enfrentados por valores rivales; si están tan asustados y desesperados que el futuro no les importa; si la élite puede aislarse de las consecuencias de su actuación en vecindarios blindados y cuentas anónimas en paraísos fiscales, etc. Comprensiblemente, el área de estudio de las condiciones sociales para la cooperación colectiva —sea entre individuos, empresas, Estados, etc.— está en plena eclosión).

Hay que entender que prevenir el daño ambiental es más barato que repararlo —cuando

es posible—; que la sustituibilidad de los bienes de consumo banal no se aplica gratis a las materias primas no renovables; que el mercado orienta las nuevas tecnologías a dar beneficios, no a cubrir necesidades básicas de los pobres; que condicionar la planificación familiar es una irresponsabilidad criminal; que nuestra riqueza es sólo aparente porque estamos minando el capital medioambiental y la renta caerá algún día; y que si las empresas tienen incentivos suficientes —fiscales, reputacionales, de clima laboral y social, etc.; más una firme vigilancia legal— para sobrevivir y seguir siendo competitivas en el mercado operando de forma sostenible, o con bajo impacto, lo harán, como ya lo hacen donde así ocurre. El reto es grande, pero «la vida está llena de penosas elecciones que exigen compromisos y renunciaciones, y ésta es la más cruel que nunca afrontaremos: alentar y ayudar a toda la población del mundo a mejorar su nivel de vida, sin minarlo por la sobreexplotación de los recursos globales» (pp. 495-496).

¿Cómo tomar las decisiones acertadas sobre qué valores deberemos sacrificar para sobrevivir? Ésa será la incierta y difícil pregunta del siglo *xxi*. Nos dirán de nuevo que la Civilización está amenazada por la Barbarie (otrotra los Imperios Centrales, el Fascismo en todas sus variantes o el Comunismo, hoy el Fundamentalismo Islámico). Pero ¿qué defendemos y a qué precio? Un ídolo sacrosanto y universal es el *crecimiento* (del empleo, del PIB, del poder adquisitivo, del consumo, etc.). Ningún político osará decir que el nivel de vida del Norte es inalcanzable para el Sur; ninguno en el Norte dirá que la reducción del consumo es una opción. Gobiernos, agencias internacionales y

ONGD creen en fórmulas mágicas para eludirlo, como el equilibrio presupuestario o el nivel idóneo de inversión en infraestructuras, educación, etc.

De otro lado, un ídolo diabólico es el *malthusianismo*. Decir que la crisis de Ruanda fue malthusiana es anatema para el pensamiento único porque niega dos dogmas *tácitos* muy importantes: que la libre procreación es un derecho humano fundamental —y la primera fuente de mano de obra y demanda, aunque su exceso cree pobreza— y que un problema de escasez *debe* atacarse *umentando la oferta*, nunca reduciendo la demanda, porque el volumen de negocio es la raíz del poder en el mercado financiero y de la financiación de ejércitos capaces de defender nuestros intereses en cualquier lugar del globo.

Pero el silencio no es una opción porque el tiempo se agota. La historia muestra que los colapsos suceden poco después de la máxima expansión demográfica y material y que, en sociedades complejas, el colapso demográfico y del nivel de vida sigue de cerca a la quiebra o desmantelamiento de los sistemas políticos y económicos de redistribución de bienes y riesgos.

Hace años que los datos muestran el declive de la producción global de alimentos por persona, pero el problema se ve sin ellos: «Algunos indios Hopi y Zuni [que habitan el territorio Anasazi] contemplan la extravagancia de la sociedad estadounidense que les rodea, mueven la cabeza y dicen: “Estábamos aquí mucho antes de que llegaseis y seguiremos aquí mucho después de que os hayáis ido”» (p. 143).

¿Quién ganará la igualada carrera entre la destrucción y la conservación medioambiental?

Jared Diamond ha sido uno de los directores de la sección estadounidense de WWF-Adena, y asesor de grandes empresas, sobre todo extractivas; vive en Los Ángeles; veranea en Montana; hace trabajo de campo en Nueva Guinea (y otros lugares), por los derechos de cuyos pueblos ha luchado; ha visto de cerca a las milicias (paramilitares) de Montana reventar una reunión conservacionista, y es una autoridad mundial en botánica y ecología de poblaciones. Creo que son motivos para leer con respeto y atención lo que puede enseñarnos.

Juan Manuel IRANZO AMATRÍAÍN

---

## Mariano Torcal, Laura Morales y Santiago Pérez-Nievas

### España: Sociedad y política en perspectiva comparada

(Valencia, Tirant Lo Blanch, 2005)

---

El libro que nos ocupa es fruto de la explotación de los datos de la primera ola de la Encuesta Social Europea (ESE), acometida desde España por el equipo de investigación liderado por el coordinador nacional de la ESE en nuestro país, Mariano Torcal. Este análisis de datos es fruto de un proyecto de investigación I+D, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología. A su vez, el apoyo económico de la Encuesta Social Europea en España ha proce-